

De fronteras e hibridismos: identidad y cultura chicanas

Lauro Flores

Esta exposición se compone de dos partes. Primero intentaré esquematizar brevemente el contexto histórico-cultural chicano y después voy a hacer algunas reflexiones acerca de la «autobiografía» chicana o, mejor dicho, acerca del discurso autobiográfico chicano, como manifestación central de una preocupación por definir una identidad cultural no sólo individual sino colectiva.

I. El contexto histórico y cultural

La actividad literaria de los chicanos –es decir, de los escritores y escritoras de ascendencia mexicana nacidos o residentes de forma permanente en los Estados Unidos de Norteamérica (EE.UU.)– se empieza a hacer altamente notable a partir de la segunda mitad de la década de 1960¹.

Esta efervescencia de una producción artístico-literaria coincide históricamente con la erupción del movimiento chicano moderno, el cual, como se sabe, arranca hacia 1965 y cuyos ejes fundamentales son, por un lado, la lucha sindical de los obreros de la industria agrícola, con César Chávez como figura principal y, por el otro, la protesta contra la guerra de Vietnam, la cual vino a poner de manifiesto con suma nitidez la desigualdad social a la que han estado sometidos históricamente los chicanos en los EE.UU.².

¹ Según veremos más adelante, el apelativo chicano en general, pero especialmente en lo que concierne a la literatura, es bastante problemático. Armando Miguélez, por ejemplo, decía hace unos años que «...todavía no se sabe a quién tildar de 'chicano': ¿a todos los de ascendencia mexicana nacidos en Estados Unidos?, ¿a todos los de apellido español ya sean de ascendencia mexicana, española o ecuatoriana?, ¿a todos los que se quieran hacer pasar por chicanos?, ¿a todos los que escriben de los 'temas chicanos'?» (10, n. 14).

² La famosa «Marcha a Delano», California, que marca el principio de la huelga iniciada por los obreros filipinos, a la cual se unen y luego continúan los mexicanos y chicanos de la National Farm Workers Association (NFWA), organización que después se transforma en la United Farm Workers Union (UFW), explota en septiembre de 1965. El primer gran moratorio

Justo desde que se inicia esta etapa, pues, el movimiento político y la literatura parecen quedar fundidos en una sola dinámica; en efecto, su conexión se puede describir apropiadamente como una especie de relación simbiótica. El caso que quizás ilustre este hecho con mayor claridad –sin duda el más conocido a nivel internacional– es el del Teatro Campesino, el cual organiza y dirige Luis Valdez desde 1965. Este grupo teatral nace literalmente en el seno de la huelga contra la industria agroalimentaria, y a sus integrantes originarios, su expresión artística, su funcionamiento mismo y su evolución, quedan deliberadas y explícitamente imbricados con los temas del movimiento político; primero, lógicamente, con el problema de los «campesinos», y después con la discriminación que confrontan los chicanos en las escuelas y en otras instituciones, con su participación en la guerra de Vietnam, con el *pachuquismo*, etc.³

Otro tanto sucede con la nueva y pujante poesía que se empieza a dar por esos años, con la ficción, y con el ensayo. Este último, como ha señalado el crítico chileno Juan Armando Epple, «empieza a interpretar, afirmando sus perspectivas teóricas y metodológicas, la singularidad de la historia y la cultura del pueblo chicano» (45). La literatura chicana de este período, como componente integral del movimiento político, se nuclea en última instancia en torno a un proyecto de rastreo de raíces que opera sobre todo a partir de un volcar los ojos hacia un pasado precolombino idealizado y romantizado en gran medida y forma parte, por tanto, de un intento por redefinir una identidad colectiva. De allí el carácter esencialmente cultural-nacionalista que permea no sólo las tesis político-filosóficas del movimiento, sino también sus expresiones artísticas y literarias. De allí también la adopción y readaptación del término *chicano* (a veces deletreado *xicano*) como concepto central de una autodefinition cultural y «espiritual» y la designación del actual Suroeste de los EE.UU. –la «nación chicana»– con el nombre del legendario Aztlán, el supuesto y geográficamente inubicable lugar de origen de los aztecas⁴.

Chicano Contra la Guerra de Vietnam se gesta en agosto de 1970, en Los Ángeles, California, y el año siguiente, en 1971, se da el segundo moratorio. El otro evento que marca visiblemente esta etapa de clímax del movimiento chicano es la Primera Conferencia Anual de la Juventud Chicana, en Denver, Colorado, auspiciada en 1969 por la Cruzada por la Justicia, organización fundada por Rodolfo «Corky» Gonzales. Para una historia concisa de los chicanos, véase el libro de Rodolfo Acuña, Occupied America. Las ediciones más recientes de este libro han sido publicadas por Harper & Row de Nueva York y una traducción al español ha aparecido en México con el título de América ocupada.

³ Valdez y el Teatro Campesino, obviamente, no están exentos de contradicciones ideológicas y de otra índole. Para un examen crítico de algunos aspectos problemáticos en torno a este grupo véanse, entre otros, los trabajos de Yvonne Yarbrow-Bejarano y el de Dieter Herms.

⁴ Para una discusión concisa acerca del concepto de Aztlán, como mito precolombino y símbolo crucial de los chicanos, consúltese el trabajo de Luis Leal, «En busca de Aztlán», en su

Tales fueron, insisto, las facetas más palpables de esa época. Por tanto, hasta hace poco tiempo la noción general que prevalecía entre muchos historiadores y críticos literarios, chicanos y no chicanos, era la de que la literatura chicana constituía un fenómeno estrictamente contemporáneo y de «protesta social» –todas las implicaciones que esto último conlleva–. O sea que antes de 1959 como mucho, se decía, no existía una literatura *chicana*⁵. No resulta pues nada sorprendente que aún hoy día toda mención superficial o precipitada acerca de esta literatura suela remitir al lector no informado casi exclusivamente a los textos escritos y publicados durante los últimos veinticinco años⁶.

Tal noción es por supuesto errónea. Es cierto que el movimiento vino a revitalizar la actividad literaria de los chicanos, proporcionándole un redoblado ímpetu a su creatividad y dando lugar a lo que Philip Ortego bautizara hace ya dos décadas como el «Renacimiento» de la literatura chicana, o a lo que Juan Rodríguez por su parte ha preferido llamar, correctamente, en mi opinión, «FloreCIMIENTO». Sin embargo, los estudios y demás indagaciones de los últimos veinte años han demostrado ya concretamente que el quehacer literario no constituye una novedad entre los «mexicanos de los EE.UU.» Los chicanos habían escrito y publicado antes de la llegada de los angloamericanos al suroeste y siguen haciéndole después. La continuidad de dicha producción ha quedado ya comprobada por los historiógrafos y demás investigadores. Caracterizando un aspecto central de esa producción literaria, el crítico Luis Leal ha observado esto:

... los prosistas que en Aztlán [es decir, en el Suroeste] escriben en español antes de 1900 dan preferencia, por lo general, a las formas didácticas (memorias, diarios, viajes, crónicas, relaciones, cartas) y no a las formas

libro Aztlán y México. Perfiles literarios e históricos (21-28). Las varias teorías acerca de la etimología de la palabra chicano son repasadas por Tino Villanueva en el «Prólogo» a su Chicanos. Antología histórica y literaria.

⁵ Aunque ahora ya resulte no sólo trivial sino irrisorio el mero hecho de mencionarlo, debo recordar aquí que hasta hace unos quince años era común el juicio de que Pocho, libro escrito por José Antonio Villarreal y publicado originariamente por la editorial Doubleday en 1959, era la «primera» novela chicana. Desde entonces, los aficionados a historiógrafo, y algunos otros, han andado a la caza de «primeras» novelas. Hasta el momento, que yo sepa, la obra más antigua que se conoce, dentro de los parámetros de la historia chicana propiamente entendida, es *Who Would Have Thought It? (1872)* de María Amparo Ruiz de Burton. El dato se lo debemos a los esfuerzos investigativos del profesor Juan Rodríguez.

⁶ Además de los peligros que representa el posible tono inmanentista que en este tipo de discusión suele hacer eco, soy consciente también, en principio, de que se pisa un terreno peligroso al privilegiar las formas escritas como literatura, especialmente en un caso como el chicano, en el que la tradición oral, según veremos más adelante, pesa mucho.

características de la ficción (novela, novela corta, cuento, leyenda), si bien hay algunos ejemplos de las últimas [...]. Lo que distingue a la prosa didáctica aztlanense de aquélla escrita en México u otros países hispanoamericanos, lo mismo que en España, es el contenido y no la forma; contenido que refleja el ambiente, la vida y las costumbres de Aztlán⁷.

Es obvio que las tareas literarias a las que aquí nos estamos refiriendo fueron realizadas primero por los exploradores y colonos españoles y luego por los «mexicanos» que se asientan en la región⁸. Por tanto, las obras de esas épocas más tempranas, las del llamado «período hispánico» del Suroeste, escritas en español en su mayor parte, deben ser consideradas estrictamente como antecedentes o como parte de una literatura prechicana, según han propuesto el mismo Leal, Ray Padilla y otros.

Las teorías y las historiografías al respecto son varias pero parece ir cuajando ya un consenso acerca de que el verdadero principio de la literatura chicana debe ubicarse históricamente hacia mediados del siglo XIX, es decir en el momento del traspaso del Suroeste a manos angloamericanas. Esto es así porque, propiamente entendida, la experiencia chicana implica por definición el contacto y la interacción entre angloamericanos y chicanos⁹.

El año de 1848 se toma convencionalmente como punto de partida ya que el convenio que se firma entonces —el tantas veces invocado Tratado de Guadalupe Hidalgo— viene a formalizar, y a sellar de modo irrevocable, el cauce de los eventos sociopolíticos que a la larga desembocan en las transformaciones que caracterizan el perfil específico y diferenciador del objeto que aquí nos ocupa: la cultura, en especial la literatura, del pueblo chicano.

En unas reminiscencias incompletas escritas durante la segunda mitad del siglo XIX (manuscrito aún inédito), el general Mariano Guadalupe Vallejo, una figura prominente en la historia de California a lo largo de ese siglo,

⁷ «Cuatro siglos de prosa aztlanense», en *Aztlán y México*, p. 60. Este trabajo hace una excelente exposición, concisa y clara, de la literatura de esas épocas.

⁸ El problema terminológico es agudo al bregar con este caso, quizá más que en otros. Aquí entrecomillo la palabra porque, obviamente, estos territorios son parte de la república mexicana —a diferencia de la Nueva España, como colonia de la corona— sólo entre 1821, fecha en que se formaliza la independencia de México, y 1848. El caso de Texas complica más el asunto ya que, como también se sabe, dicho territorio proclama su efímera «independencia» como república en 1836 sólo para anexarse en calidad de estado a la Unión Americana en 1845. México no reconoce la anexión sino hasta 1848, como ya se ha dicho, al firmar el Tratado de Guadalupe Hidalgo. En el fondo de todo esto yace la conciencia, o la carencia de ella, de ser parte de una nación apenas concebida como tal.

⁹ Para una excelente discusión acerca de la historia y las implicaciones de esta terminología, véanse los trabajos de Arturo Madrid-Barela. Véase también el interesante ensayo de Jorge Olguín Hermida y el «Prólogo» previamente citado de Tino Villanueva.